Periódicos - La Linterna

La mayoría de los periódicos está en línea en el sistema Nacional de Bibliotecas (SI-NABI), para la Memoria digital de Carmen Lyra se ha capturado una imagen de la pantalla con el objetivo de dar una idea general del texto; sin embargo, esa imagen no permite leer el texto, remitimos a la dirección electrónica con la cual se puede acceder al artículo completo.

Para los casos en que la fuente no ha sido digitalizada, se ofrece una reproducción fotográfica.

Una necesidad europea



-ALFONSO: ¿Cómo intervenir para que la cosa no llegue hasta casa? -BENEDICTO: Nada podemos nosotros. Lo que le hace falta a Europa es un hombre de Heredia. Hay que pedírselo a don Ricardo.

LA PARÁBOLA DEL SOÑADOR Y DEL HOMBRE PRÁCTICO

Juan Silvestre habia observado, en su siglo, que las parábolas estatan otra vez demoda en el mundo literario. Casi todos los literatos de su tierra dieron a luz la suya.

Y Juan Silvestre hizo también su parábola: En una ocasión dos hombres tuvieron la idea de ir a una región muy fértil a establecer una colonia, para lo cual era preciso atravesar la montaña virgen. Cada uno trazó en su imaginación el camino y daba razones para convencer que el suyo era el mejor.

Salieron el mismo día y a la misma hora. El primer rayo de sol los encontró ante el lindero de la montaña. A uno y otro los seguia un grupo de hombres que tenia fe en sus teorias.

El primero era un hombre pequeño, fuerte, con la mandibula cuadrada de los obstinados y la frente salida de esas que hacen pantalla ante los ojos y permiten distinguir precisos los bultos en las lejanias. Su mirada era segura y penetrante y se introducia en el pensamiento ajeno, como el clavo golpeado por mano maestra, en la madera.

en la madera.

Marcho al punto de partida con paso ligero, saltando con agilidad los obstáculos.

El otro era alto y también fuerte, mas sus ojos tenian la vaguedad de los remansos, cuando por el cielo que retratan pasan volando las nubes. La frente alta se empinaba cual si hiciese un esfuerzo para subir más. Su paso lento recordaba el de los filósofos musulmanes.

Levantó su cuchillo con brio, pero el recuerdo de un proverbio indio, asió su movimiento en el aire: «No aplastes a la horniga que encuentas en tu camino, porque de igual modo que a tímas en tu camino, porque de igual modo que a tímas en tu camino, porque de igual modo que a tímas en tucamino, porque de igual modo que a tíma.

do de un proverto maio, asio su movimento en el aire: «No aplastes a la hormiga que encuentras en tu camino, porque de igual modo que a ti, la dulee vida le es amada». Pensó en las vidas que iba a maltratar con su mano, a lo cual le alentaba la idea de que el hombre es rey de la creación y de que todo le pertenece, y su entusiasmo desfalleció.

Sin embargo las miradas de los que le rodeaban fustigaron su ánimo y comenzó la tarea destructora.

El aliento de la montaña cargado de olores resinosos y de perfumes, penetró en sus pulmones y se detuvo a aspirarlo con las alas de la nariz palpitantes. Y ya mi los ojos ni las palabras de los que le rodeaban, lograron convencerlo. Fué preciso enternecerse, al contemplar la maravillosa ociocidad del musgo, que ya se tiende sobre los troncos, ya se suspende de las ramas para formar esos delicados carámbanos (u: hacen pensar en una tempestad de nieve varde; había que contemplar los troncos de los árbo-

les, los arcos y las ojivas que se formaban allá arriba; con un dedo en la boca impuso quietud para escuchar el canto de los jilgueros. En el hueco de un peñasco, brotaba una fuente. Allí se detuvo también y dijo: Esta fuente me hace pensar en un pajaro; salta en la cavidad como un pajaro en su nido, se posa en el borde y canta... escuchad... Y luego tiende sus alas de cristal y se precipita hacia abajo.

No tenia sed, y sin embargo bebió y bebió lentamente, tan sólo porque la onda era pura, gozando al sentir deslizarse entre los labios aquella madeja fresca.

Desviaba el camino más cómodo, para no maltrat ar una flor y se coronaba con las guirnaldas

tratar una flor y se coronaba con las guirnaldas flor:ecidas que colgaban al alcance de su mano. Los que creian en el, comenzaron a murmurar. —Oh! Oh! Así no llegarian nunca. Un resto de vanidad levantó otra vez su ma-

Un resto de vanidad levantó otra vez su ma-chete. Si una ortiga o un bejuco espinoso caía en el sendero que abria, deteniase a recogerlo para tirarlo lejos, de modo que su retaguardia no se hiriese. En los pasos difíciles ayudaba a los debiles.

El murmullo de protesta leventóse de nuevo: nunca llegarían!

Apovó la mano en un tronco erizado de espi-Apoyo la mano en un tronco erizado de espi-nas al mismo tiempo que el compañero que lo seguia. La piel quedó entre ellas y la sangre corrio. Volviose a prevenir a los otros del peligro y el compañero herido como él, le dijo: Callaos señor, para que los otros dejen también la suya. Olvidaremos nuestro dolor al escuchar el quejido de los que se maltraten cual nosotros... Indignado replicó y asi conquistás un enemi-

Indignado replicó; y así conquistóse un enemi-

Indignado repirco; y asi conquistose un enemigo más.

La desbandada comenzó. Con un hombre que
se desviaba para no pisotear una flor, que se coromaba de hojas como un loco, que los detenia
para oir los cantos de los jilgueros o mirar cual
una novedad una telaraña o un rayo de sol, que
bebia sin sed, solamente por sentir la frescura
del agua cristalina, con un hombre asi no llegarian a ninguna parte.

Y a fe 'que tenía razôn! Un hombre que olvidaba su deber era abrir camino y se detenía a
quitar las espinas de la senda y a ayudar a los
debites, no servia, no servia.

Y lo abandonaron.

Solamente quedó a su lado un mancebo a quien
aun no apuntara el bozo y cuyo hatillo se componía de una camisa y de un Virgilio, Llevaba el
fin de cultivar su parcela, siguiendo al pie de la
letra los consejos de Las Geòrgicas, y era tan loco

que creía en los consejos del pastor Aristeo para la generación espontánea de las abejas. En las horas de solaz proponíase disputar, coronado de hiedra, una flauta o un cayado de nudos iguales. El machete quedó perdido entre la hierba. La humedad oscureció el acero y una planta de flores nacaradas enredó sus ramilletes sobre el filo.

Entre tanto el otro llegó al fértil valle. Al arribo quiso saber el número de los que le seguian y lo comparó con el apuntado a la salida. Faltaban muchos. ¿Quiénes? No tuvo tiempo para conocerlos. Le refriero habian ido cayendo en el camino, tras él, muertos de fatiga. Su tarea no le dejó tiempo para volver la cabeza.

Abrió asi su camino: el filo inteligente de una mirada se hundia primero en la maraña y el filo ciego del machete cortaba luego. El no vió flores, ni musgos, ni escuchó pájaros y sus labíos probaban el agua solamente cuando la sed los abrasaba y lo mismo los refrescaba en la corriente pura que en el agua cenagosa, No apartó las espinaspara que los de atrás no sufriesen, ni ayudó a los débiles.

En el valle, pronto se vió al humo retorcer susespirales y pronto también se levantaron habitaciones. Los campos se roturaron y se cogieron las cosechas.

las cosechas.

Y nadie hablaba de su Jefe sin desear ponerse

Este tenía sus graneros repletos; los ganados multiplicaban en sus prados y el oro en sus

arcas.»

—He aqui mi parabola—dijo Juan Silvestre y con aires de profetr y tono zumbón, continuó:

—En verdad, en verdad os digo que si no procedeis como el hombre de la mandibula cuadrada, no llegareis al reino de la Prosperidad, Bienaventurados les que la circuistra de la contra del contra de la contra del contra de la contra del contra de la contra de la contra de la contra de la contra de

una do llegareis a femo de la Prosperioda. Belia-venturados los que le siguieren porque de ellos es el reino de lo Cómodo, de los que jamás ha-brán hambre ni frio...

Si no sois muy ambiciosos y aspiráis tan sólo a una dulce mediania que os ponga al abrigo de la intemperie, mezclad a vuestros ensueños un gra-nito de Buen Sentido.

Hubo eclipses muy remotos en la Prensa nacional parcial fue para los otros para Rogelio Imparcial.

En que se parece un Ministro de instrucción a un fósforo?

-En que no sirve si no tiene cabeza.

Gran Baratillo de Cartago

Un numeroso surtido y novedades en sombreros de paja para caballeros y niños a precios de situación.—Sedas escocesas y búlgaras, bonitos dibujos.—Calle Central lado Sur del Mercado.

José Avilés (a) Valbuena



Bric-á-brac

Libro de Alejandro Alvarado Quirós

Con el sentimiento de simpatía que el ser su dueño de mi tierra despierta en mí, y con el sentimiento de gratitud que un favor nunca olvidado ha puesto en mi corazón, penetro en la encantadora barraca que un parisiense por su pensamiento y por el aticismo con que lo viste, ha construido para ofrecernos lo que el llama su Bricaborac.

Pero yo no he encontrado amontonados allí objetos sin valor y en desorden, como les acontecerá muchas veces a los paseantes del boulevard al visitar esas tiendas que viven no más unos meses del año y a las cuales se refiere el autor en sus notas preliminares. Todo me ha parecido sencillo y animado por un arte sobrio y elegante.

Cuando terminé el libro, me pareció que los dos sentimientos de que hablé al principio no influyeron para el juicio que formulara mi pensamiento. Bien podrían ellos no haber existido en mí, que el modo de juzgarlo habría sido el mismo.

El libro está escrito en una prosa en la que he creído encontrar la sencillez de una corriente cristalina que se desliza por un lecho sin piedras y sin sinuosidades.

El autor de *Bric á-brac*, debe pensar con alegría que su libro ha servido para «reposar las fatigas» de más de un fatigado y «para hacer más ameno el vuelo del día siguiente» de muchos pensamientos.

Carmen Lira

Referencias:

Lira, Carmen. (1916, julio 27). La parábola del soñador y del hombre práctico, *La Linterna*, p. 8. Fotografía de Randy Nárvaez.

Lira, Carmen. (1917, febrero 13). Bric – a – Brac Libro de Alejandro Alvarado Quirós, *La Linterna*, p.4. Fotografía de Randy Nárvaez.

Todas las imágenes de la Memoria Digital de Carmen Lyra fueron revisadas por el Programa de Publicaciones de la Universidad Nacional y los libros digitales realizados por Jenny Segura Barboza.